

de esta obra de tanta envergadura, una capacidad excepcional como trabajador intelectual.

Porque en la calidad y en el contenido ha basado la comisión, su juicio para evacuar tan laudatorio informe. Y es que en trabajos de esta naturaleza, no sólo es necesario conocer toda la literatura escrita sobre el asunto. Es necesario que contenga el fruto de la experiencia en la cátedra, y también el acervo personal, en que se basa el autor para exponer la materia y sacar sus conclusiones.

Avelino León, que desempeña con brillo su alto cargo de secretario general de la Universidad, además de su cátedra, dedica también horas al ejercicio libre de su profesión. Todo esto supone una labor ingente, de la cual se va extrayendo a diario el rico acervo de experiencias que le confieren una maciza y sólida facultad de discernimiento, para que su pensamiento fluya y oriente por los más seguros derroteros.

Felicitemos al buen amigo de siempre. Vemos que para él los años no han pasado en vano. Que no han sido como caminar a lo largo de un desierto. Avelino León, que fué como representante de Chile al Congreso Mundial de Universidades, celebrado en Niza, en 1950, demostró allí su cabal conocimiento de los temas que en ese torneo internacional se debatieron, dejando la sensación de que en Chile y sus hombres de la enseñanza superior, existía un sólido criterio, en cuanto se refería a la moderna organización y orientación de sus universidades.

El Premio Científico "Atenea", viene ahora a poner un nuevo jalón en su brillante carrera. Estamos seguros que su espíritu jovial, que su cultura y su robusta personalidad, han debido recibir con alegría, con esa felicidad de los hombres que tienen el corazón bien puesto, esta nueva distinción.

"Atenea" saluda y rinde su homenaje cariñoso al alto maestro de Concepción con este motivo.

LOS OCHENTA AÑOS DE DON EMILIO

Erguido, sólido y fuerte sin que su bizarría se vea menoscabada en absoluto, hemos encontrado en una de estas tardes a don Emi-

lio Rodríguez Mendoza, quien nos saluda con un fuerte apretón de manos. Diríase que en sus ojos se advierte una luz juvenil, que está muy de acuerdo con su empaque y su energía.

—¿Qué hay hombre, cómo le va a usted?

Y sin esperar que le conteste me agrega:

—Leo de vez en cuando la revista de ustedes. Qué gran obra realiza la Universidad de Concepción al mantener una revista como "Atenea". Es la única publicación chilena en que se manifiesta lo que es el arte y la literatura de este país. Es una de las muchas hazañas que ha hecho Enrique Molina en su vida. A ese hombre hay que agradecerle muchas cosas.

El día es frío y unos oscuros nublados se ciernen sobre la ciudad. Don Emilio parece no advertirlo. Comienza a contarme sus proyectos, las obras en que está empeñado. Y como si adivinara lo que estoy pensando al ver su optimismo, me dice con su gran vozarrón:

—Seguimos trabajando, pese a esos ochenta años que han sido tan cacareados por ahí. No se puede dejar nada abandonado. Hay que persistir hasta el último día. Vaya a verme. Le voy a dar algo para "Atenea".

Ochenta años, es verdad. Ochenta años que se llevan gallardamente. El autor del *Pérez Rosales*, de *Santa Colonia*, de *La América Bárbara* y de veinte libros más, aparte de sus andanzas como diplomático o simple viajero, no está dispuesto a quedarse como un inválido en un rincón solitario. Muy al contrario. Su espíritu, erguido como su maciza figura, tiene una meta que alcanzar aún. El sueño del escritor no declina en él. Una vibración interna lo sacude reciamente. Es un hombre de una pieza. Nos dan deseos de decirle:

—Hasta luego, joven Emilio.

UNA HERMOSA FIESTA

Una de estas noches se celebró en el hotel Crillón, una comida para celebrar el triunfo de tres escritores en los concursos munici-